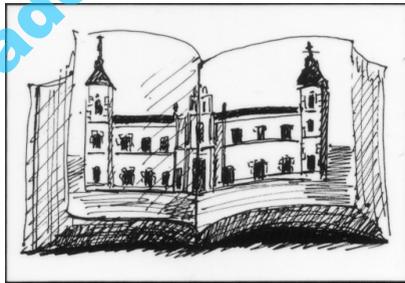


www.cuadernosdelaberinto.com



COLECCIÓN LA VALIJA DIPLOMÁTICA

DANIEL MONTILLA RUBIALES

La llamada de
las Antípodas



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO
— LA VALIJA DIPLOMÁTICA, n°65—
MADRID • MMXXIII

De la edición © CUADERNOS DEL LABERINTO

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española:

© Cuadernos del Laberinto

www.cuadernosdelaberinto.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

De la obra © DANIEL MONTILLA RUBIALES

Dirección de la colección: PALOMA SERRA ROBLES, MARÍA VENEGAS GRAU y RAMÓN GANDARIAS

Colección fundada por ALONSO ÁLVAREZ DE TOLEDO Y MERRY DEL VAL

Diseño de la colección: ALICIA ARÉS

www.absurdafabula.com

Fotografía de cubierta e interior © DANIEL MONTILLA RUBIALES

Mapa de Fiyi (página 9) © RAÚL MONTILLA RUBIALES



El papel utilizado para la impresión de este libro, fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones sostenibles, es cien por cien libre de cloro y está clasificado como papel reciclado.

Primera edición: Marzo 2023

I.S.B.N: 978-84-18997-29-7

Depósito legal: M-8113-2023

Impreso en España.



www.cuadernosdelaberinto.com

www.cuadernosdelaberinto.com

Para mi familia

Í N D I C E

La llamada	pág.	11
El nacimiento de una nación	pág.	21
El dios tiburón	pág.	29
Los caminantes del fuego	pág.	35
La sonrisa y el bula	pág.	41
Suva, metrópolis del Pacífico	pág.	48
Curry, noodles y <i>rugby</i>	pág.	60
Una bienvenida digna de un rey	pág.	70
Hoy por ti, mañana por mí	pág.	76
Nacimiento y muerte	pág.	83
De la guerra y el canibalismo	pág.	99
De la guerra y la religión	pág.	107
El océano español I: nuestra llegada al pacífico	pág.	118
El océano español II: puente entre dos hemisferios	pág.	124
El océano español III: de Mendaña hasta Fiyi	pág.	130
El paraíso de las flores	pág.	138
Dramáticas historias de animales	pág.	145
La mar	pág.	154
Inmersiones en las profundidades	pág.	165
Dos mundos aparte	pág.	175
Una despedida	pág.	182
Léxico fiyiano	pág.	189
Referencias bibliográficas	pág.	191



Arriba: Anochecer en la Costa de Coral (Fiyi)

Abajo: Banda de música de la policía. Suva (Fiyi)





Arriba: Nadando con ballenas jorobadas. Vavaú (Tonga)

Abajo: Foto aerea de Bora Bora





Arriba: Isla de las Calaveras (Islas Salomón)

Abajo: Buceando con Dawuwaqa. Tiburones toro. Estrecho de Beqa (Fiyi)





Arriba: Isla de Leleuvia (Fiyi)

Abajo: Playa Champagne, Espiritu Santo (Vanuatu)





Arriba: Ceremonia del kava. Suva (Fiyi)

Abajo: Corales. Arrecifes arcoíris (Fiyi)





Arriba: En buena compañía, con una familia de ballenas Tonga

Abajo: Parque Nacional de Bouma Taveuni (Fiyi)





Arriba: Aldea de Nakalawaca (Fiyi)

Abajo: Aldea Volcán Yasur; Tanna (Vanuatu)



LA LLAMADA

El comienzo de la vida profesional de un joven funcionario diplomático, recién horneado en la dura fase de oposición y posterior Escuela Diplomática, no dista mucho de la que el lector pueda haber experimentado al comenzar su primer trabajo. Los nervios por hacer bien las tareas encomendadas, la prudencia con la que congeniar con los jefes, el compañerismo de los que ya han pasado por donde tú estás, pero que ya cuentan con algunos años de experiencia para compartir contigo... Nada que no resulte extraño en los meses iniciales de un trabajo de oficina, redactando informes, asistiendo a reuniones y, sobre todo, aprendiendo y preparándome para el futuro. Y en esta situación, de casi un par de años —con paso casi obligado por las sedes centrales del Ministerio de Asuntos Exteriores, en Madrid— resulta que ese futuro llega. Tras varios intentos frustrados de solicitar plaza en el extranjero —principal aspiración de todo joven diplomático que sueña con pisar cuanto antes su primera Embajada— suena el teléfono. El sonido del aparato no difiere del mismo tono monótono de todos los días y, sin embargo, el contenido de la llamada desata toda una revolución.

Hola, Daniel, —me saluda una voz familiar— ¿te acuerdas de la última convocatoria de puestos para el extranjero? Pues resulta que Fiyi no lo ha pedido nadie y se va a quedar vacante.

¿Tú no querías ir ya a un puesto afuera? ¡Pues esta es tu oportunidad! Si lo pides, tienes muchas probabilidades de conseguir la plaza. Piénsatelo y anímate.

Fin de la llamada. Mi despacho parece volver a la gris normalidad de un día administrativo corriente. A lo lejos resuena el sonido mecánico de una impresora regurgitando el último informe sobre datos económicos de Luxemburgo.

Primera reacción para mis adentros, ¿dónde está Fiyi?! El eco imaginario de la pregunta retumba en mi cabeza hasta que retomo el control. Sí, claro que sé dónde está. Me he preparado concienzudamente las lecciones de geografía para la oposición y sé que Fiyi es un archipiélago del Pacífico. De hecho, esto ya lo sabía hace mucho tiempo, es geografía de colegio. Pero, ¿dónde exactamente en el Pacífico? Es el océano más grande del planeta, ocupa una tercera parte del globo, que no es poco. Es como si te preguntan dónde está España y contestas que se encuentra en el continente euroasiático. Sí, correcto, pero poco preciso. ¡Ay! —me atormento— es que el Pacífico es esa parte que está siempre cortada en los mapas. El borde donde más o menos «se acaba la tierra», donde los continentes se difuminan en un vasto mar con puntos que tanto pueden representar islas como errores de impresión del mapa. De hecho, me acuerdo de una vez que leí en el periódico que las editoriales se inventan alguna isla en el Pacífico para pillar a los competidores que se limitan a fotocopiar y reimprimir sus atlas.

Pero no, Fiyi es real, ¡y tanto que lo iba a ser en los siguientes cuatro años de mi vida, y en los de mi mujer! ¿Y cuál es el nombre de la capital? Reconozco que de eso no me acordaba. Tiempo ha que había memorizado que Suva era la capital de Fiyi y, con el

paso de los años, se me había borrado de la mente. Total, ¿quién podría pensar que ese conocimiento iba a resultar útil? ¡Cuán equivocado estaba!

Esa jornada de trabajo no fue precisamente de las más eficientes de la historia. Llamada a mi mujer para contarle la noticia y, entre mis tareas de ese día, mucha investigación para tratar de convertirme en un experto improvisado de la República de Fiyi —sí, es una república desde 1987, cuando los fiyianos indicaron a la Reina Isabel II que todo muy bien, pero que hasta ahí habían llegado con eso de ser monarquía Commonwealth.

Una de las pocas cosas que me quedó clara durante esas horas de investigación es que, en términos generales, de Fiyi se conoce poco. Hay escasa información sobre este país. El resultado más frecuente en los campos de los documentos que consultaba era n/d, no disponible. Google ofrecía unas imágenes fantásticas del país, pero los pocos informes que tenía a mano en el ministerio decían algo muy distinto: en Suva no hay playa, encontrándose la más cercana a bastantes kilómetros de distancia, lo cual me pareció muy paradójico tratándose de una ciudad costera. Llueve tres veces más que en el Reino Unido o en Alemania. Por otra parte, es un país de gentes amables, sin conflictos, ni terrorismo, ni enfermedades endémicas graves de las que preocuparse (¡gracias autor olvidado del artículo de National Geographic!).

La tarde la pasé al teléfono con mi esposa, que en ese tiempo trabajaba en Alemania. Evaluamos una y otra vez las ventajas y desventajas de mudarnos al otro lado del planeta. ¿Merecería la pena? ¿No era mejor esperar a que llegara un destino más cercano o conocido como Argelia o Bolivia? El formulario de solicitud lo había rellenado, firmado y escaneado oportunamente cuando

estaba en el ministerio. Lo tenía en un borrador de correo electrónico, guardado en el email del teléfono móvil del trabajo, esperando la decisión de borrarlo o enviarlo. Entre tanto, se sucedían las llamadas a nuestros familiares y allegados en busca de recomendaciones y consejos, aunque la decisión final era nuestra. Lo podríamos haber echado incluso al azar como en aquella entretenida película *El último rey de Escocia*, donde el protagonista gira su globo terráqueo y elige a ciegas viajar a Uganda. Estábamos tan indecisos que bien podríamos haber lanzado una moneda y confiar en la suerte. Pasaban las horas y se acercaba la medianoche, hora límite para presentar solicitudes.

¡Que hay dengue y zika, entonces no vamos! Pero, ¿y la oportunidad de conocer las culturas del Pacífico y viajar a Australia? ¡Entonces, sí! Pero ha habido varios golpes de Estado, y no sabemos cómo está la situación política. A cambio hay playas a las que, aunque no estén en la capital, podemos ir durante el fin de semana. Parecía un largo intercambio de pelota en un punto interminable de tenis.

El lector no puede tener dudas sobre qué decisión tomamos esa noche, ¡si no iba a ser toda una decepción la lectura de los capítulos que vienen a continuación! Ahorraré los tediosos trámites burocráticos que se sucedieron en los dos meses que siguieron al envío de ese correo electrónico porque, sí, solo tuvimos ocho semanas para cerrar nuestra vida en España y prepararnos para desplazarnos a ese lugar distante que hasta entonces solo habíamos concebido como un punto ignorado en los márgenes de un mapa colgado en la pared. Cuando estudiaba, mis padres me apoyaban y alentaban en mis momentos bajos: «Ánimo que, si sigues esforzándote, llegarás lejos». Y efectivamente, sí tuvieron

razón. Bien lejos que llegué, ¡nada menos que a 18.000 kilómetros de casa! No podía haber acabado más lejos.

Aterrizamos en tierra nueva, habían pasado dos días desde que me despedí de mi señora en Barajas. Ella se quedaba por ese momento en la retaguardia para cerrar los últimos detalles de la mudanza y me acompañaría un mes más tarde. Tras veinticuatro horas de avión —sí, todas ellas horas efectivas de vuelo y, milagrosamente, con una única escala de viaje en Seúl. No obstante, con lo cansado que estaba podría haber estado perfectamente en Nueva York, Moscú o Pionyang, pues no di mucha cuenta de las horas que pasé en el aeropuerto—, llegué por fin a mi destino, a lo que habría de ser mi hogar durante los próximos cuatro años. Bueno, casi había llegado. En realidad, me encontraba en la ciudad fijiana de Nadi (pronunciada «Nandi»), sede del principal aeropuerto del país y puerta de la zona turística de las islas paradisíacas. Mi destino final era la capitalina Suva que se encuentra a cuatro horas de tortuosa carretera, alejándose del paraíso y adentrándose en la tempestad contaste, que es la pluviosa región oriental del país. Es por eso que, para evitar el recorrido por vía terrestre, esperaba otro vuelo interno para hacer la última escala del viaje. Un poco perdido, entre acogedoras sonrisas de felices melanesios, intentaba salir de la terminal internacional, en obras, hacia la puerta que conducía a la pequeña terminal nacional. Un par de fijianos, ataviados con coloridas camisas de flores y con su falda masculina de tubo negra, me gritaron un sonoro «bula» de bienvenida mientras tocaban el ukelele. Sorteé andamios, controles aduaneros y aglomeraciones de turoperadores recogiendo a las bandadas de turistas australianos ataviados con sombreros de paja y bermudas de colores.

Siguiendo las indicaciones de uno de los amables empleados del aeropuerto, salí por fin de la terminal internacional. Fue el primer contacto con el clima fiyiano. Sol castigador y humedad asfixiante. Fueron cinco minutos a pie que me parecieron la Larga Marcha de Mao Tse Tung. Llegué empapado de sudor a la terminal nacional, cargado de tres maletas de más de 20 kilos cada una —23 exactamente, que es el máximo autorizado por Korean Airlines— y mi maleta de mano de 10 kilos. La llegada a la terminal nacional fue decepcionante, pues más que un aeropuerto parecía una pequeña estación de autobús de un municipio rural. Tras pesar de nuevo mis maletas (señora, le adelanto que son 79 kilos, los llevo bien pesados desde Madrid), el personal de tierra de Fiji Airways me sorprendió con la amable propuesta de subirme a la balanza para pesarme a mí también. No lo entendí y me lo tuvieron que repetir hasta en tres ocasiones. Resulta que es necesario para equilibrar el avión, una pequeña avioneta de hélice. Es que vamos justos de peso —me aclaró—. ¡Qué reconfortante noticia!

No sin reticencias me subí a la balanza donde el marcador arrojó un resultado bastante favorable para mí, 70 kilos, 9 menos que mi equipaje. ¿Me puedo montar entonces en el avión? Sí, sí, usted es de los delgaditos e irá en la parte de atrás, su asiento está en la fila cinco. Mientras me bajaba de la báscula y recogía mi billete con incredulidad pensaba, ¿en qué caja de zapatos me voy a montar?, ¿llegaré vivo a Suva? El *jet-lag* no ayudaba a profundizar en estas complejas reflexiones vitales. Unas doce horas de cambio horario hacen que cuando es de día en España, en Fiyi es la misma hora, pero de noche. Para complicar más el asunto, en la mañana de Fiyi se vive un día por delante en comparación

con España. Es como si los fiyianos vivieran en el día de después o como si nosotros viviésemos en el ayer.

Ahora tocaba esperar hasta la salida de lo que sería mi último vuelo —de ese trayecto, me refiero—. Me acerqué a los bancos de la pequeña cafetería de carretera que ocupaba gran parte de la terminal, donde me saludaron amables sonrisas indias. Es verdad, ya había olvidado ese detalle: casi el 40 % de la población del país es de origen indio, a quienes los colonizadores británicos trajeron por la fuerza para trabajar en la agricultura hace ya más de cien años. Eché un ojo a la selección de delicatessen de curry y samosas que había a disposición, pero que no se me antojaron tan agradables para desayunar a las ocho de la mañana. Pedí solo un zumo de frutas. Error, no había zumos naturales a pesar de encontrarme en un país tropical (luego descubrí que en Fiyi no siempre es posible disfrutar de jugos frescos porque muchas de las frutas se exportan o se utilizan para producir comida precocinada). Compré una botella de refresco de naranja marca Sprint (fue la primera y última vez que lo compré en cuatro años, lo cual es testimonio de lo que me gustó) y me quedé vegetando las casi cuatro horas de escala que aún me restaban.

Finalmente llegó el momento de embarcar en el avión. Se trataba de una pequeña aeronave con motor de hélice que, como bien me habían adelantado, solo tenía cinco líneas de asientos, con tres sitios por línea. No podía ni ponerme de pie de lo diminuta que era la estructura del aeroplano. Vale que mido casi un metro noventa, pero es que me resultaba más fácil entrar de rodillas. Intenté encajarme como pude en la avioneta de hélices de fabricación checoslovaca —sí, no uso el término checo porque la antigüedad del aparato era evidente—. No tenía aire acon-

dicionado y juraría que las ventanillas se podían abrir, pero estaba tan noqueado que no puedo dar un testimonio veraz de las condiciones del avión. La puerta de la cabina no era tal, sino que se abría hasta el espacio de los pilotos, lo que me permitió ver la particular maniobra de despegue en la que los dos se agarraron las manos en la palanca de aceleración, como para dar todo el impulso a la maquina, para que pudiera coger vuelo y transportar mis 149 kilos, más el resto de pasajeros, en la media hora que iba a durar el paseo aéreo. El vuelo se me hizo eterno y según nos adentramos en las nubes de la tormenta, aquello empezó a tambalearse como si estuviese sacudido por un terremoto. Qué pena haber llegado tan lejos para acabar palmándola a unos pocos kilómetros de Suva. ¡Eso sí que sería morir en la orilla! El trayecto fue tan agitado como si me hubiera montado en un avión de papel. Ha sido la única vez en mi vida en la que me he mareado en un avión. Y a pesar de todo, aterricé con vida. El viaje había terminado y ya podía dirigirme al hotel.

Un español que trabajaba para la Unión Europea en Suva —sí, hay españoles por todas las partes del planeta— se había ofrecido amablemente a recogerme y acercarme a mi alojamiento temporal. Parecía que ya podía coger aire y descansar, ¡pero no, la jornada aún no había acabado! Todavía quedaba pendiente para ese día mi toma de posesión, que es un acto administrativo de especial importancia para comenzar un nuevo puesto y que, en el caso de Fiyi, era imprescindible hacerlo el primer día porque con ello se iniciaba un acuerdo administrativo, entre la UE y España, de colaboración en el uso de oficinas compartidas. Según se me había explicado en Madrid, ese acuerdo debía ser diligentemente firmado en la misma fecha de mi llegada. Así pues, y con

las pocas energías que me quedaban disponibles, arrastré los escombros de lo que, sentía, pronto podría ser mi cadáver, para visitar la oficina de la futura Embajada española. Allí me esperaba un funcionario europeo sonriente, con un papel listo para la firma, como en los bancos, que creo debí firmar con sangre, porque no recuerdo ningún bolígrafo mediante. Ya sí, oficializada mi llegada a Fiyi y rubricado el importante contrato, me dejé llevar al hotel para intentar dormir. Solo que no pude dormir, claro está. El *jet-lag* de doce horas y el todavía potente sol de mediodía me impedían conciliar el sueño que tanto deseaba. Como me era negado el abrazo de Morfeo, deambulé aleatoriamente por mi nueva ciudad, sin tener mucho recuerdo de este paseo iniciático. Entonces recibí una llamada al teléfono —¿quién me llamaría a esas horas?—, que resultó ser del español que me había recogido en el aeropuerto. Plan esa misma tarde para conocer a la colonia española.

De manera surrealista, y con la fatiga insatisfecha por el cambio de hora, allí que me planté, el mismo día de mi llegada, en uno de los dos hoteles de la ciudad, para conocer a la decena de españoles que iba a ser mi colectividad durante los próximos años. No se trataba únicamente de una bienvenida, sino también de una despedida. Uno de los miembros de la pequeña comunidad retornaba a España en lo que es el ciclo de ida y venida de, aproximadamente, cuatro años de los expatriados en el extranjero. Formaba parte de una especie de rueda que regenera los colectivos de funcionarios y empresarios en el exterior y, por la cual, ese día reemplazaba a un español por otro, para mantener estable la diminuta cuota de nacionales en Fiyi. Parecía una fantasía que, tras distanciarme tantos miles de kilómetros del hogar, estuviera

terminando el día más largo de mi vida en compañía de un grupo de paisanos, con el tiempo buenos amigos, y con unas cervezas Fiji Bitter y Fiji Gold en una terraza a orillas del majestuoso océano Pacífico. La sensación era extraña, pero reconfortante.

Mis aventuras en Fiyi acababan de comenzar. Cuatro años que, gracias a la amabilidad de este pueblo se convirtieron en unos de los mejores de nuestras vidas. Pero, ¿por dónde comenzar a relatar las anécdotas e historias de tan largo período en el Pacífico? ¿Cómo resumir este pasaje por las Antípodas en unas pocas páginas de papel encuadernadas? ¿Por qué no empezar por el origen de las propias islas Fiyi? Propongo al lector continuar nuestra aventura con una de las historias que me contó uno de los simpáticos taxistas locales: la historia del nacimiento del país de Fiyi.

EL NACIMIENTO DE UNA NACIÓN

El origen de los pobladores indígenas de Fiyi ha estado envuelto durante siglos en leyendas que han pasado de generación en generación. Un gran número de teorías míticas fueron pasto común entre los fiyianos, quienes alimentaron leyendas de viajes fantásticos que supuestamente habrían llevado a los primeros seres humanos a ocupar las islas del archipiélago. Durante muchos años, se creyó que el puerto de partida de aquellos primigenios exploradores se ubicaba en África. Los primeros habitantes de Fiyi procederían así de la antigua ciudad de Tebas, en Egipto, desde donde remontaron el río Nilo hasta acabar llegando al lago Tanganika. Lutunasobasoba habría empezado su viaje con su esposa Nui, y con otro gran líder de la expedición, su hermano Degei, quienes habrían huido de las enfermedades que por entonces asolaban aquella lejana región africana. Desde las costas del África Oriental se habrían lanzado a un increíble viaje, por el cual atravesaron el océano Índico hasta encontrar los arrecifes de Fiyi. El trayecto, de algo más de 10.000 kilómetros, se habría hecho a bordo de una flotilla liderada por la mítica embarcación Kaunitoni, nombre que todavía es ampliamente conocido por los fiyianos.

A este respecto, el nombre de los barcos ha tenido tradicionalmente un peso importante en la cultura fiyiana, lo cual es natural teniendo en cuenta la tradición marinera de este pueblo.